

# TERAPIA DE GRUPO

*Un terremoto de 35 segundos. Una culpa de 40 años.*

**Lee de Caires**

© 2026 José Luis de Caires Vieira. Todos los derechos reservados. Cualquier representación pública de esta obra requiere autorización expresa del autor. Contacto: [info@autorleedecaires.com](mailto:info@autorleedecaires.com)

**GÉNERO:** DRAMA / MONÓLOGO  
**DURACIÓN:** 20 minutos  
**AUTOR:** José Luis de Caires Vieira (Lee de Caires)  
**FECHA:** Octubre de 2021

**TAGLINE:**

*Un terremoto de 35 segundos. Una culpa de 40 años.*

**LOGLINE:**

*Treinta y cinco segundos de un terremoto destruyeron su pasado. Cuarenta años después, un hombre se sienta en una silla vacía para contarlo, mientras sigue fumando tres cajetillas al día.*

**SINOPSIS:**

Un hombre se levanta del público y ocupa la silla vacía de una terapia de grupo. Quiere dejar de fumar. Pero cuando la terapeuta le pide que relate un hecho significativo de su vida, no habla de tabaco: habla de Caracas, de 1967, de sus 17 años y de un esmoquin que le quedaba corto.

Habla de Carmen, "la Sargento", que cumplía 15 años y exigía puntualidad. Habla de una carrera contrarreloj para comprar cigarrillos. Y habla de un terremoto que en 35 segundos sepultó el edificio donde sus amigos celebraban la fiesta.

Cuarenta años después, el hombre sigue fumando tres cajetillas al día. Y sigue preguntándose si aquellos minutos de retraso cambiaron su vida para siempre. Un monólogo íntimo y devastador sobre la culpa, la memoria y lo que nunca podemos perdonarnos.

## ACT ÚNICO

### ESCENA ÚNICA

*El telón está abierto mientras entra el público. En el escenario sólo hay una silla muy básica iluminada. Esta silla es como las que se encuentran en las salas de terapia de grupo.*

*En la silla se sentará PACIENTE, como si se tratara de la silla vacía donde se sienta el paciente de una terapia de Grupo.*

*PACIENTE se encuentra sentado entre el público. Cuando se sienta en la silla del escenario, en todo momento le hablará al público como si fueran ellos los participantes de la terapia de grupo.*

*Cuando se apagan las luces de platea se escucha VOZ EN OFF*

**VOZ EN OFF:** Por Favor, ¿quién quiere ser el próximo en hablarle al grupo? No retraséis este momento. Algún día tendréis que subiros y hablar desde esa silla. De lo contrario esta Terapia de Grupo no tendría sentido.

PACIENTE se levanta de entre el público al cabo de unos momentos, titubea. Muy nervioso, tímido y con respiraciones profundas, da la sensación de no poder llenar los pulmones y dice mientras camina al escenario

**PACIENTE:** Yo... yo seré el próximo. Aunque... Bueno... *(se sienta en la silla del escenario, sigue nervioso y mira alrededor)* De perdidos al río, dice el dicho *(intenta hacer un chiste para quitar hierro al momento)*. Hace 3 sesiones me he sentado en esta silla para presentarme, y el por qué venía a terapia...

**VOZ EN OFF** (interrumpe la terapeuta) Recuérdanos por qué vienes a terapia

**PACIENTE:** Bueno, yo vine a terapia para dejar de fumar... y por esta tristeza que no me abandona. Mi mujer y mis hijas están muy preocupadas. Luego tú me dijiste que participara en la terapia de grupo y aquí estoy. Por fin me atreví a sentarme aquí ante ustedes.

**VOZ EN OFF:** Gracias, puedes seguir.

**PACIENTE:** Se me está haciendo muy difícil estar aquí delante de vosotros. La ansiedad no me está dejando respirar bien... Sí, ya sé que nadie ha muerto de ansiedad, me lo has dicho varias veces, pero esto no es fácil.

**VOZ EN OFF:** Eso es. Respira... Como bien dices nadie ha muerto de ansiedad. Cierra los ojos. Tómate tu tiempo. Y relata un hecho significativo de tu vida. *(después de un momento PACIENTE logra tranquilizarse un poco)*

**PACIENTE:** Vale. hay un hecho muy importante. Era el 29 de Julio de 1967. Me acuerdo como si fuera hoy. Había alegría en la calle, porque además de ser sábado, Caracas, yo vivía en Venezuela en aquél entonces, estaba de celebración. El 25 de julio se había cumplido el cuatrocientos aniversario de su fundación.

Yo tenía 17 años, que no son los mismos 17 años de ahora. Parece que los chicos de ahora son más críos. En aquel entonces yo ya tenía un par de años fumando... ¡A quién voy a engañar! Es mentira, con 13 años ya fumaba y con 17 fumaba como un carretero. Más o menos fumaba un paquete y medio o dos al día. Hace casi cuarenta años no se hablaba de lo perjudicial que era el tabaco. Ahora dicen en las cajetillas: "Fumar Mata", "desarrollará cáncer de pulmón", "Cáncer de boca" incluso hay cajetillas que dice: "fumar puede desarrollar impotencia". A mí no me ha pasado nada de eso, pero siento que debo dejar de fumar. Ahora compro tres cajetillas al día cuando me controlo.

Aquel sábado me duché, me afeité los pocos pelos que me salían en la cara *(por los nervios intenta hacer un chiste)* no como ahora, claro... me perfumé y me vestí con el esmoquin. Era sobre eso de las siete de la tarde, o quizá un poquito más tarde, pero no mucho más, porque Carmen, mi querida Sargento, como la llamábamos... cumplía sus 15 años.

Carmen era la hermana más pequeña de Alfredo, mi mejor amigo desde que teníamos 6 años. Bueno, en verdad los 19 alumnos que éramos en la clase, éramos muy amigos. Nos llevábamos muy bien todos, pero Alfredo era con el que me sentía más cercano. Hasta venía a dormir a casa y yo también dormía en la suya.

La Sargento, mi querida Carmen, a pesar de que tenía 10 años, se integró muy bien en el grupo de nuestra clase, que éramos un poco mayores.

*(ríe con ternura)*

Y tan bien que se integró. Era una líder nata con 10 años. El apodo de Sargento le quedaba que ni pintado y a ella le gustaba tener el mando. Ella disponía quién era quién en los juegos del patio. Era mandona ya con esa edad y usaba su dedo índice, a modo de amenaza, para asegurarse que harías lo que te había pedido... Hacía un gesto raro, porque no era así, era más bien como así.

*(se emociona, respira profundo, le cuesta respirar)*

Otra vez esta ansiedad y esta tristeza que no se me va y no me deja respirar...

*(se pregunta a sí mismo)*

¿Por dónde iba?

**VOZ EN OFF:** Estabas hablando de Carmen y de sus 15 años.

**PACIENTE:** Ah, sí. Estaba diciendo que Carmen nos pidió que fuéramos muy puntuales. (imitando a Carmen, sin burla, con cariño y nostalgia y amenazando con el índice) "No lleguéis tarde, a las ocho de la noche os quiero a todos en los salones de mi edificio. Tenemos que ensayar los últimos cambios que hicimos el jueves, que no salieron bien..."

*(se emociona y mira al suelo. Intenta cambiar de tema.)*

Como quizá vosotros no conocéis esta tradición venezolana, o de la mayoría de los países de Latinoamérica, les cuento que es una celebración por todo lo alto. Se prepara meses antes, como si fuera una boda: con invitaciones formales, salas de fiesta, mesas, cena, camareros, en fin... Se celebra por todo lo alto, tan alto como tus ingresos económicos te lo permitan.

Pues bien, en Venezuela, cuando eres adolescente, estas fiestas se suceden casi todos los meses. El esmoquin me lo habían comprado el año anterior, recién cumplido los dieciséis, cuando formé parte de una cuadrilla de quince. Mi madre se negaba a comprarme uno nuevo. Ese esmoquin ya me quedaba apretado y un poco corto, sobre todo los pantalones. Los zapatos me los tuve que comprar nuevos unos días antes, porque los otros ya no me servían, pero el traje todavía escapaba. Era un poco incómodo para sentarme y eso, pero escapaba.

En estas fiestas es donde posiblemente conocerás a tu nueva novia... y quién sabe, puede que se convierta en tu futura mujer y madre de tus hijos... A mi mujer no la conocí en estas fiestas. Después de aquel sábado, nunca más pude ir a ninguna. De hecho, ni siquiera he podido ir a una discoteca o bar después de ese día.

Quizá mi mujer y mis hijas tengan razón y esta terapia me hace falta. No estoy muy seguro si será efectiva. Después de dos meses de estar viniendo una vez por semana, sigo comprando tres o cuatro cajetillas al día y esta tristeza que me acompaña las 24 horas del día no ha desaparecido.

Lo siento, vuelvo a la historia: Me bajaba del coche de mi padre justo enfrente del edificio de 10 plantas que se llamaba "Mijagual", en la cuarta avenida. Carmen vivía en el ático de ese edificio, pero la fiesta la darían en las salas de la planta baja. Carmen me hizo mucho hincapié en que fuera puntual: "Tienes que estar en punto a las 8 de la noche, aunque la fiesta no empiece hasta las 9, tienes que estar en punto a las 8". Lo decía, sobre todo, porque sabía que mis padres no irían a su cumpleaños y sabía que yo era muy impuntual.

Eso ya lo he contado, ¿no?

El asunto de no llegar tarde era porque Carmen, mi querida Sargento, había preparado una coreografía antes del vals que bailarían con su padre. ¿Y adivinen quién estaría en la coreografía? (sonriendo con ternura) Yo, con mi esmoquin apretado y corto y con mis zapatos nuevos de suela que resbalaban... ah, y mi pajarita negra.

Cuando me bajé del coche, vi la hora y faltaban unos 10 minutos para que fueran las 8. Me metí las manos en los bolsillos de los pantalones para comprobar si tenía cigarrillos. Era de esas cajetillas blandas. Y como el esmoquin me quedaba apretado, la cajetilla se espachurró y el único cigarrillo que tenía estaba partido. Además, no podía estar en la fiesta sin cigarrillos. Yo me fumaba dos cajetillas al día si no salía. Si salía me podía fumar más de tres cajetillas ese día.

Miré a los alrededores de la cuarta avenida y todo estaba cerrado. Le pregunté a un señor que estaba caminando por la calle que si conocía algún sitio dónde comprar tabaco. Me dijo: "Mejor ve más allá de la sexta avenida que hay un restaurante abierto". Miré el reloj y ya iba bastante justo si tenía que llegar a las 8. Pero si llegaba unos minutos después tampoco pasaría nada. ¿Qué más da 5 o 10 minutos más? Bueno,(cambia de tono, muy

triste) es lo que me decía. No imaginaba lo importante que son unos simples minutos, más bien, unos segundos.

Vi llegar a Andrea y a Raúl "el flaco", desde la otra acera, pero no quise pararme a saludarles para no perder más tiempo. Apenas les hice un gesto con las manos, como diciéndoles que ya volvía. No quería que mi querida "Sargento" me regañara si llegaba tarde. Así que fui en busca del restaurante de la sexta avenida. Iba apresurando el paso para no llegar tarde. Sintiendo la incomodidad del pantalón que me apretaba en los muslos y los zapatos que resbalaban y me impedían ir más rápido. No sabía cómo iba a bailar con el pantalón así y los zapatos nuevos.

Llegué al restaurante y faltaban unos 5 minutos para que fueran las 8. Casi que no encontraba el restaurante. No era un edificio alto, era una casa de dos plantas, o tres, no recuerdo. Tampoco estaba en la calle principal, había que meterse por una calle y como el edificio era más pequeño que el resto apenas se podía ver. El restaurante estaba a reventar de gente. Era un trasiego de camareros en la barra del bar que estaban muy ocupados recogiendo pedidos y dejando vasos y botellas. Otros camareros pedían permiso a las personas que estaban por ahí esperando mesa. Me hice hueco con varios "disculpe" y me costó llegar hasta el hombre que estaba en la caja registradora, para que me vendiera el paquete de tabaco.

El señor estaba tan ocupado que ni me veía. Además, que el ruido de la gente y de los camareros era muy alto y no me escuchaba. Por fin, cuando pudo verme, le pedí casi gritando dos cajetillas de cigarrillos.

Miré el reloj cuando salía del restaurante, eran las 8 en punto. Vamos, que si corría un poco llegaría pasados unos 3 minutos y Carmen, no me diría nada... Pero los pantalones me apretaban y los zapatos de suela resbalaban. Pero, aun así, fui lo más rápido que podía.

Iba por la cuarta calle atravesando la sexta avenida y luego la quinta... La gente me veía raro, porque, imaginaros un chico con esmoquin apretado, con pajarita y abriéndose paso entre la gente lo más rápido que podía con sus zapatos que resbalaban...

De repente me dio un cansancio que no era normal y comencé a toser. En ese momento me pregunté si estaba fumando demasiado. No es que en esa época se decía mucho que

el tabaco era perjudicial en aquella época, como ya lo he dicho, ¿no?, pero de alguna manera yo asocié el tabaco con esa tos y ese cansancio repentino.

A veces me pregunto si no sería un ataque de ansiedad, porque después de aquel sábado, esa sensación de que una mano te aprieta la garganta y no te deja respirar, acompañado de una tristeza y un miedo que estremece el cuerpo, no me han abandonado desde entonces.

(se recupera)

Solo faltaba una manzana cuando ya veía el edificio de 10 plantas de la cuarta avenida. Eran las 8:05, ¿quizá?, y sentí algo raro debajo de mis pies. De pronto el suelo se movía de un lado a otro, no muy fuerte, pero se movía y casi perdía el equilibrio. Luego los movimientos eran más fuertes y el suelo iba a un lado y lo alto de los edificios iban hacia el otro. Y cuando volvía el suelo hacia este lado lo más alto de los edificios iban hacia el otro. Era como estar borracho sin estarlo.

De pronto los movimientos de vaivén se convirtieron en ondas, como si fuera el mar. veía que las esquinas de los edificios ondulaban. Tenía mucho miedo sobre todo porque no sabía que estaba ocurriendo. Fue una señora que estaba cerca que gritó:

¡Un terremoto!

Era un ruido infernal, como si estuvieran pasando cientos de tanques de guerra al lado tuyo. Algunos cristales de las ventanas comenzaron a romperse y caían junto con los cascotes de las cornisas. Y, aunque caían en los jardines, yo pensé que me podían caer encima.

Los coches no podían circular, porque era difícil de controlarlos y chocaban contra los otros coches que estaban aparcados. Los conductores, confundidos, se bajaban y se miraban con los ojos aterrorizados. Otras personas gritaban y corría y se caían al suelo. Yo como pude corrí al centro de la calzada y fue cuando me caí al suelo. El ruido del cemento que se agrietaba, los sonidos de tuberías, cristales y los gritos de las personas desde las ventanas y balcones. Y entonces escuché un sonido espantoso con el que todavía sueño:

Vi el edificio Mijagual, el edificio de Alfredo y Carmen, y sus padres, de 10 plantas, cómo se desplomaba sobre mis amigos, en los salones de la planta baja.

Todo paró de pronto entre una gran nube de polvo. Los que estábamos allí fuimos a al edificio, por si podíamos ayudar. Pero eran cientos de toneladas de escombros, hierros retorcidos, cables que hacían contacto... No podíamos hacer nada. No escuchamos a nadie entre los escombros. Intenté mover unas vigas o columnas, no sé qué era aquello rodeado de cables, pero alguien, de un tirón, me sacó del lugar.

¡Te puedes electrocutar!, me gritaba un hombre a la vez que me abrazaba por la espalda para evitar que fuese a los escombros.

En unos pocos segundos perdía mi pasado, perdía las referencias de mis momentos alegres, perdí la posibilidad de hablar de momentos felices con mis amigos. No vería más el dedo de Carmen indicando lo que todos debíamos hacer. Perdí mis recuerdos, ya no le podré decir a nadie: ¿Te acuerdas cuando hicimos aquella trastada? Todos mis recuerdos de infancia y juventud, todos, se perdieron en apenas unos segundos. Y todo porque tenía que comprar tabaco. ¿Por qué tenía que fumar? ¿Por qué? No tendría que haber fumado nunca. Si no lo hubiera hecho nunca, mi querida Carmen, mis amigos de la infancia y yo estaríamos juntos en estos momentos.

(espera para recuperarse para continuar)

Han pasado ya casi 40 años y aún revivo esto cada día. Dos mil heridos y 236 muertos en tan solo 35 segundos. Entre ellos mis amigos, sus padres, sus abuelos, Alfredo... y mi querida Carmen...

A pesar de tener hijos, una familia, un trabajo importante y de ser lo que se suele decir feliz por tenerlo todo, no dejo de arrepentirme de fumar desde entonces. Por el tabaco lo he perdido todo.

**VOZ EN OFF:** ¿Estás seguro que lo has perdido todo?

**PACIENTE:** No... Tengo a mi mujer y mis hijas. Mis padres, mis tíos y mis abuelos no estaban en la fiesta. Y todavía tengo buenos recuerdos de los momentos felices con mis amigos.

***Después de unos segundos las luces del escenario se apagan lentamente.***

**OSCURO Y TELÓN**